

aplicable en práctica, lo han inducido á unos errores graves, queriendo hacer por la ley lo que es imposible practicar por ella, y como sucede á los primeros ingenios preocupados fuertemente con una idea; no suponiendo bastante eficacia en los medios propuestos por M. Malthus, creyó resolver el problema invocando la intervencion á que se recurre siempre en el último trance, y que cuando sale de su esfera, hace por lo comun mas mal que bien, quiero decir, la mediacion directa y amenazadora de la autoridad.

## CAPITULO VII.

De una inconsecuencia de Filangieri.

« En lugar de estimular á sus súbditos á  
» abandonar su patria, debería la Inglaterra,  
» por medio de sabios reglamentos, poner  
» obstáculos á su frecuente emigracion. »

Lib. 1, cap. 111, p. 57.

Lo que acabamos de decir sobre los inconvenientes y ventajas de la poblacion, nos hace retroceder para indicar una estraña inconsecuencia de nuestro autor italiano. Segun los principios que el mismo ha reconocido y que son de una verdad incontestable, quiero decir, la relacion necesaria y constante que existe entre la poblacion y los medios de subsistencia, es claro que la emigracion es lo que favorece mas la multiplicacion de la especie humana. En cualquiera parte donde queda un puesto vacio, lo



substituye un nacimiento; y sin embargo el mismo escritor que quisiera se acrecentase sin límites la población, exhortaba á la Inglaterra, en algunas páginas mas arriba á impedir que emigrasen sus súbditos. Sucede frecuentemente que olvidan los hombres la mitad de sus opiniones, cuando quieren que prevalezca la otra mitad. Califican de dogmas á cada una de ellas en particular y cuando han reunido todo cuanto creen que hay que decir en un asunto, piensan haber terminado su tarea, y vuelven á comenzar el mismo trabajo sobre una cuestion nueva, sin inquietarse demasiado, ni conocer las contradicciones en que pueden caer. Bueno es decir que la inadvertencia de los lectores disculpa la de los escritores, y que en medio de las distracciones que se suscitan y de los intereses que nos impulsan nos sirve cada idea, como de un entretenimiento ó arma, sin que por esta causa toque-

mos la necesidad de formar del todo un conjunto regular, por estar satisfechos de haber alcanzado el objeto ó provisto materia á la conversacion del momento.

No se ponen obstáculos á la emigracion por medio de reglamentos; y el consejo que da aqui Filangieri al gobierno inglés descubre aun el error de un filósofo que considera al hombre como á un agente pasivo sometido ciegamente á la autoridad. Sin duda que hablando Filangieri de sabios reglamentos los suponía suaves y moderados; pero por la misma razon de que no se haría mencion en ellos de penas demasiado severas, resultaria que se infringirian mas facilmente. Su infraccion obligaria al poder á aumentar el rigor de las penas y de este modo, con una que otra reserva que quedase al arbitrio de la autoridad, seria bastante para que esta pudiese llegar al último termino de violencia y severidad. Los únicos reglamen-



tos que hay que hacer para poner obstáculos á la emigracion, son las constituciones libres, las leyes equitativas y las garantías sólidas. Asegurénse estos bienes á un pueblo y no haya recelo que emigren sus ciudadanos. Niégúenseles, por la inversa y no impedirán todas esas providencias que el habitante abandone un pais en donde sea precaria su existencia, amenazados sus derechos, y paralizada su industria. Pregunto á todo hombre sensato y de buena fe: ¿por que medio se retendrá en el suelo ingles á esos proletarios hambrientos á quienes no permiten las leyes ganar su subsistencia ni la de sus familias? Y si, lo que es imposible, se consiguiera imposibilitarles la salida ¿que resultaria de esto para la prosperidad de la paz pública? Que en detalle serian salteadores y en masa facciosos.

Aqui no considero la cuestion sino bajo el punto de vista político; mas

cuanto tendria que decir si entrase en el análisis de las consideraciones morales!

La sociedad tal como existe, ha consagrado el derecho de propiedad, esto es, ha querido que el suelo correspondiese, sin disputa, al que lo ocupa de tiempo inmemorial, ó en virtud de una trasmision, cuyas formas ha prescrito; ha querido ademas que las producciones, fruto del trabajo, fuesen propiedad ora del productor, ora de aquellos que por medio de convenios legales le subministrasen los materiales ó recursos para producir.

La necesidad disculpa lo que en el particular ha hecho la sociedad; mas sin embargo la condicion es dura y severa. Las tres cuartas partes de la especie humana nacen desheredadas; los bienes comunes á todos en el orden natural se convierten en el social, en monopolio de algunos, y para conquistarlos estos



últimos no hacen mas, como se ha dicho enérgicamente, que *nacer*.

En fin la cosa es así : dos compensaciones quedan y con las que se consolara la clase despojada; la una es el trabajo y la otra la emigracion.

Por la primera halla el pobre en sus manos é industria, un equivalente á la propiedad cuyos detentores ociosos se ven precisados á abandonarle una porcion, para que en provecho de ellos dé valor al resto. Por la segunda, si son inútiles sus esfuerzos en tal ó cual pais, puede buscar un cielo mas propicio, y circunstancias mas favorables.

¡ Mas quien lo creyera ! con frecuencia le disputa la autoridad estos dos recursos. En el interior se halla paralizada la industria con leyes prohibitivas, y los decretos contra la emigracion imposibilitan que se trasporten aquellos conocimientos al exterior. Con semejante legislacion, lo declaro, no hay exceso que

no deba esperarse, ni desorden que pueda admirarnos.

¿ Se dirá que exigimos de los gobiernos una indiferencia y apatía que ofenden á sus intereses? ¿ que no podrian resignarse á ver la despoblacion de su pais, el abandono del cultivo de sus tierras y la ruina de la industria por falta de bienes, siempre que lo que ellos llaman la manía de la emigracion, se apodera del entendimiento de una clase ignorante y crédula, á quien seducen escritos impostores é ilusorias promesas? Pues responderemos que la manía de la emigracion no se apoderará de ningun pueblo ni clase, si el gobierno con sus vejaciones y las trabas que opone al adelanto y uso de las facultades humanas, en una palabra, con lo que pudiera llamarse con mas justicia, la manía reglamentaria y legislativa, no obligase á emigrar á ese pueblo y á esa clase.

Y nótese bien que la tendencia á la



emigracion no es el resultado de ninguno de los inconvenientes físicos que repartiera la naturaleza entre las diferentes comarcas de la tierra. El lapon no abandona su elado clima, y las naciones expuestas á los ardores del sol soportan los calores que las consumen. El hábito, las relaciones de familia y el recuerdo de la infancia encadenan al hombre en el lugar de su nacimiento; y aun cuando la necesidad lo expulse, ó la juventud arriesgada lo arrastre fuera de él, el *espíritu de vuelta* sirviéndome de una expresion que ha consagrado la ley por haberla visto grabada en el fondo de nuestros corazones, el espíritu de vuelta acompaña al viagero en sus peregrinaciones lejanas y le trae tarde ó temprano á la morada de sus padres cuyo legado le complace transmitir á sus hijos: no hay cosa mas insoportable para el hombre que la ofensa que recibe de sus semejantes; los rigores de la naturaleza son

necesidades; los de los gobiernos injusticias. Nos sometemos á los unos, pero los otros nos irritan.

En su consecuencia, mientras vemos que unos pueblos se resignan á la intemperie de las estaciones, al rigor del clima, á la esterilidad del suelo, y al montañes que lleva sobre sus hombros la tierra vegetal para fertilizar las crestas de las rocas, el cielo mas despejado y las fértiles campañas no podrian retener á los hombres que gimen bajo una autoridad opresiva. No son ni las nieblas de los Hebrides ni los arbustos con que estan cubiertos sus ribazos, lo que estimula al aldeano de Escocia á abandonar su pais nativo; sus padres, por espacio de muchos siglos, habian respirado las mismas nieblas y sacado algun partido de aquellos áridos matorrales. Mas habiendo en el dia la civilizacion y la codicia trasplantado á los señores en las ciudades, no han dejado á la clase que



depende de ellos las ventajas que le resultaban en otro tiempo, de la vida pastoral de aquellos aldeanos del Norte.

Infinito se ha hablado del orgullo nacional ingles, y en efecto ha sido tal que por espacio de mucho tiempo ha mantenido un muro de bronce, que parecia insuperable, entre la Inglaterra y todas las naciones continentales. En la actualidad y á pesar de aquel orgullo, se halla inundada la Francia de Ingleses que se han convertido en propietarios ó fabricantes en territorio extranjero. Los artistas y los agricultores nos traen su experiencia y preciosos descubrimientos, hallando asi la Gran-Bretaña en sus propios hijos, los mas peligrosos enemigos de su industria ¿De donde procede esta mudanza? De que para el pobre las leyes prohibitivas y para el rico las imposiciones enormes, han venido á ser en Inglaterra unos males de que quieren libertarse á costa de cualquier sacrificio;

y contra la opresion continua de estos perjuicios nada es superior, ni el orgullo nacional, ni el patriotismo, ni los hábitos ni aun el recuerdo mismo de la infancia.

No hay que exagerar mucho el influjo del amor de la patria en nuestros tiempos modernos: mas arriba he convenido en el peso que esta pasion produce en la balanza, que hasta cierto punto puede compensar la ineptia ó injusticia de los gobiernos; mas estos no deben sin embargo descansar absolutamente sobre aquella fuerza moral, sino con desconfianza y discrecion. El amor de la patria no podria existir entre nosotros como entre los antiguos. El comercio ha unido á las naciones y les ha formado unas costumbres poco mas ó menos semejantes. La expatriacion, que para los pueblos de la antigüedad era de gran dificultad y casi un suplicio, se ha hecho ya fácil y aun agradable algunas veces. Cuando



decia Ciceron « *Pro quâ patriâ mori, et  
 » cui nos totos dedere et in quâ nostra  
 » omnia ponere et quasi consecrare de-  
 » bemus :* » la patria contenia todo lo  
 mas caro que poseia un hombre : aban-  
 donar su patria era perder á sus hijos,  
 á sus amigos y á todos los objetos de  
 nuestro cariño ; era atreverse á desprec-  
 iar la ignorancia y groseria de los pue-  
 blos desconocidos y semi bárbaros, y  
 renunciar á toda comunicacion intelec-  
 tual y á todo goce social. En la actuali-  
 dad rodeados de naciones cultas y hos-  
 pitalarias, llevamos en nuestra compañía  
 el objeto de nuestro cariño y hallamos á  
 poca deferencia, lo mismo que dejamos.  
 Lo que amamos en la patria es la pro-  
 piedad de nuestros bienes, la seguridad  
 de nuestras personas y allegados, la  
 carrera de nuestros hijos, la proteccion  
 de nuestra industria y la posibilidad se-  
 gun nuestra posicion individual, del  
 trabajo ó del reposo, de la especulacion

ó de la gloria ; en una palabra de mil  
 géneros de felicidad adaptados á nues-  
 tros intereses ó gustos. La palabra pa-  
 tria presenta mas bien á nuestra imagi-  
 nacion la reunion de estos bienes, que  
 la idea geográfica de tal ó cual pais en  
 particular ; cuando se nos arrebatan  
 aquellos en nuestros hogares, vamos á  
 buscarlos en otra parte, y los gobiernos  
 carecen del derecho y del poder de dis-  
 putarnos esta facultad.